

**MUÑECOS DE  
PAPEL ADICTOS AL  
FUEGO**

**Joaquín Valdivia Martínez**

Para Rubén y Érica.

En memoria de Moez, Marga, Carmel, Francisco, Mauro y Mireia.

Este libro entrelaza historias reales con ficticias, así como fechas, lugares, datos...toda coincidencia entre ambas es puro capricho del destino. Espero que nadie se sienta ofendido por tal motivo ya que nunca fue mi intención, pido disculpas de antemano.

"He sido un hombre afortunado en la vida: nada me resultó fácil".  
Sigmund Freud

Bosque de Southwark, 1810.

El niño se arremolinaba alrededor de la hoguera, que chisporroteaba con fuerza lanzando luces a la noche. En ella apenas quedaban los huesos sin quemar, la totalidad de la carne había desaparecido, dejando en el ambiente un olor casi agradable, casi apetecible, casi a comida recién cocinada. Le había costado mucho llevar el cuerpo hasta el claro del bosque pero necesitaba estar un tiempo a solas con él para poder despedirse. Despedida, palabra que acababa de añadir a su vocabulario. Nunca antes había tenido que decir adiós a nadie, nunca para siempre. El olor a carne quemada apagaba el de la hierbabuena. El crepitar de las llamas iluminaba su oscuro rostro. Un rostro agotado, demacrado, casi cadavérico, sus pobladas cejas parecían querer unirse entre sí sobre sus apagados ojos, casi carentes de vida, que descansaban flanqueando una pequeña nariz chata. Lloraba abrazado a la escopeta que acababa de robar, apoyando la mejilla a la fría culata. Era noche cerrada, apenas una decena de estrellas alumbraban el firmamento y debería estar en casa, pero nadie le esperaba.

Oyó un crujir de ramas y se puso en guardia. Lo vio salir de entre la maleza, tambaleándose. A pesar de la distancia a la que estaba pudo oler su aliento a whisky, estaba borracho como de costumbre.

- ¡Por fin te encuentro bastardo! - Dijo el hombre que tuvo que agarrarse a unas ramas para no caer a tierra. Tendría unos cincuenta años. La calvicie había hecho estragos en su ahuevada cabeza, en su rostro destacaba una enorme boca que dejaba escapar espuma como si se hubiese comido una pastilla de jabón. Llevaba la camisa por fuera del pantalón e iba descalzo. Su mano sujetaba un cinturón de cuero negro. El niño levantó la escopeta y le apuntó. - ¿Has robado mi escopeta ratita? ¡Eres peor que tu padre! - Rió.

- ¡Te voy a matar! - Gritó el niño sorbiendo los mocos que resbalaban en dirección a su labio superior.

- ¿Acertarás negro de mierda? Porque si fallas te haré lo mismo que le he hecho a tu jodido padre. Por cierto...¿donde está? ¡Juraría que estaba muerto! ¿No te lo habrás llevado tú? ¿O es un fantasma y se ha ido volando? ¡Uuuuhhh! ¡Putos negros de mierda! - Se burló y volvió a reír dejando a la vista los pocos dientes que conservaba. El estruendo del disparo acabó con la conversación. La parte izquierda de la cara del hombre había desaparecido: ojo, oreja y parte de la nariz acababan de saltar por los aires, dejando a la vista su rosada masa cerebral. Aún y así aguantó un par de segundos de pie y cayó sobre la maleza produciendo un ruido sordo. El niño se limpió los mocos en el dorso de su mano y se acercó al cuerpo inerte, dio un puntapié en el brazo de aquel hombre con su pie desnudo y co-

locó el cañón del arma sobre el cráneo. Volvió a apretar el gatillo. Lo que quedaba de cabeza desapareció. Se metió la mano en el bolsillo en busca de más munición para de nuevo cargar el arma cuando volvió a oír un crujir de ramas. Asustado apuntó a la oscuridad del bosque con el arma descargada a modo intimidatorio. Apareció una mujer de mediana edad.

- ¡Bendito sea Dios! ¡Estás vivo! - Miró el cadáver casi con desprecio. - ¡Vamos! ¡Has de salir de aquí!

El crío la abrazó con la misma fuerza que se abrazaría a un árbol en medio de un tornado. La mujer le dio la mano y con la otra cogió la escopeta. La oscuridad del bosque fue el mejor aliado de ambos para la fuga.

Southwark 1831.

Llovía a mares. El coche de caballos de caja grande se detuvo al otro lado del río Támesis, frente a una enorme casa de estilo victoriano. Los chopos o también conocidos como álamos negros, parecían poder ser arrancados de cuajo en cualquier momento por la fuerza del viento, oscilaban y bamboleaban como si fueran simples juncos. El cochero, un anciano encorvado que vestía capa negra y sombrero de copa, bajó del vehículo para abrir una de las dos portezuelas laterales y apareció una joven de no más de veinticinco años de edad. Saltó del carruaje y su vestido se hundió en el barro. No tenía grandes adornos y la tela era más pesada que el algodón, con el fin de que no se le estropease en aquellos largos trayectos. Se podía decir que era ropa de viaje. Subió la capucha de su túnica carmesí y se cubrió el sencillo peinado ocultando su dorada cabellera. El cochero se apresuró a coger el equipaje de la joven que consistía en una pesada maleta circular de madera y cuero, y ambos se dirigieron a la entrada de la casa donde les esperaba una mujer que rondaba los sesenta años de edad.

- ¿Señorita Archer?

- ¿Señora Myers?

- Encantada.

- Gracias por el viaje. - Dijo la joven al cochero que permanecía bajo la lluvia.

- Pase. Le enseñaré la casa y donde está su cuarto. Así podrá cambiarse de ropa.

La señora Myers cerró la puerta sin despedirse del conductor del carro de caballos. Vestía con colores oscuros, la cintura del traje era más baja de lo habitual y había aumentado la base de la falda. Llevaba un abrigo Spencer de terciopelo que se lo quitó al entrar en casa. Su peinado alista realzaba su belleza a pesar de tener un rostro curtido por el frío.

La casa de fachada de ladrillo en negro estaba compuesta por tres pisos y un patio trasero con una pequeña granja y un cobertizo. En la planta baja, además del pequeño recibidor se hallaba una cocina de leña junto a una estrecha sala que hacía de despensa, que sobretodo albergaba carne ahumada, conservas de todo tipo y una gran variedad de quesos, así como una pequeña bodega.

También había una mesa con cuatro sillas, ya que media vida la pasaban en esta estancia y un pequeño lavabo donde hacer las necesidades y poder lavarse.

La primera planta escondía un salón con sofá y dos butacas que parecían sin estrenar y dos puertas que llevaban a sendas habitaciones.

Una de ellas estaba cerrada y un cartel rezaba: "No entren sin llamar"

La última planta alojaba dos habitaciones más, una sin amueblar, y una especie de buhardilla o trastero, donde se guarda desde triciclos de madera medio rotos a vestidos de otras épocas.

- Esta será su habitación. - Dijo la señora Myers. El servicio dispone de agua caliente. A las 20.00 horas serviré la cena.

- ¿Cenaremos solas o hay alguien más en la casa? He leído el cartel de...

- Es la habitación de mi hijo. Es posible que lo conozca si baja a cenar. Normalmente no sale de su cuarto. Nunca entre sin llamar. Haga caso del cartel.

- No tenía pensado entrar. Me puede llamar Ann Marie.

- Prefiero seguir dirigiéndome a usted como señorita Archer. Si desea alguna cosa, mi habitación es justo la que está en el piso superior, justo sobre la de mi hijo, la otra estancia se encuentra vacía. En el establo están Jeremy y Maggie. Se encargan de los trabajos de la casa. También cenarán con nosotros. Nos vemos a las 20.00 horas en la planta baja, comeremos junto a la cocina. Estaremos más calientes.

Un relámpago iluminó la estancia acompañado de un trueno que hizo estremecer a la joven. Frotó sus hombros con las manos y entró en su habitación.

Ann Marie empezó a cambiarse de ropa en cuanto se quedó sola. Dejó el vestido embarrado en el suelo con sumo cuidado de no ensuciar nada, la señora Myers había prometido lavarlo al día siguiente. Se quitó las tres enaguas que llevaba sobre el corsé y se acomodó el cabello. Se subió las medias de seda que llevaba sobre los pantaloncillos de lino, que le llegaban hasta los tobillos y sacó de la maleta un vestido color malva de escote cuadrado. Cogió la fotografía de un hombre en un pequeño marco redondo y la colocó sobre la mesita de noche.

Fue entonces cuando escuchó un ruido detrás de la puerta.

- ¿Hola? - Preguntó.

No obtuvo respuesta. Comenzó a vestirse, cuando volvió a escuchar el mismo sonido.

- ¿Quién anda ahí? - Silencio.

Se apresuró a ponerse el vestido y corrió hasta la puerta. La abrió aún descalza y miró hacia la oscuridad de la buhardilla. Creía haber visto algo moverse.

- ¿Señora Myers?

Comenzó a caminar arrastrando los pies para no hacer ruido hasta una montaña de baúles, juguetes y ropa usada. La oscuridad era completa.

Volvió a su cuarto y cogió la lámpara. El olor al depósito de aceite de colza envolvía todo. La mecha trenzada, protegida por el tubo de cristal, ardía arrojando una luz clara. Salió de nuevo al pasillo.